

humo de sus ignorancias los trabajos ajenos, haciendo delicto á la virtud, vicio al honor, y deshonra á la gracia, pues por tal la desean todos y alcanzan pocos; no quiero dejar de excusarme, y entre muchas que puedo dar, la principal de haber escrito en verso, es ser mandado de quien es razon sea obedecido. El año de 1597, el licenciado Alonso Lobo, racionero y maestro de capilla entonces de la Santa Iglesia de Toledo, y agora de la de Sevilla, y íntimo amigo mio (cuyas alabanzas merece mejor que escucha, y yo conozco mejor que lisonjeo, pues no solo nuestra España, Italia y Flándes, mas todo el mundo admira su habilidad, desea sus obras y se honra con sus trabajos, como de maestro que lo es de todos), siendo como tal llamado por el religioso convento del célebre santuario de nuestra señora de Guadalupe, con otros combenecidos y insignes músicos desta Santa Iglesia, para la traslacion de unas santas reliquias, quiso hacerme participante de tan dichosa romería, la cual hicimos con no menos gusto que devocion, siendo todo en extremo. La capilla donde se trasladaron, se dedicó al patriarca San Josef, de quien es devotísimo el muy reverendo padre fray Gabriel de Talavera, prior dignísimo que á la sazón era de aquella santa casa, el cual lo mostró bien en la sumptuosidad del edificio, en la grandeza del gasto, en las riquezas del ornato y en la diversidad de cosas que para hacer mayor la fiesta tenia prevenidas, solemnes procesiones, devotos altares, curiosas fuentes, elegantes versos, públicas alegrías, artificiosos fuegos, luminarias, toros, danzas, máscaras e invenciones, publicando todo un religioso regocijo y devota fiesta. La cual acabada, por hacérmela, me mandó que de todas hiciese un epitome para que su majestad y otros principes viesen el orden que en la traslacion se habia tenido y una suma de la vida del glorioso Santo. Yo estimando por favor su peticion, quise mas atreverme al caudal corto de mi pobre ingenio, que á la obediencia debida á tan justo mandato; y juntando á él un deseo, que habia algunos años que me atormentaba, de ver deste angélico Varon alguna cosa digna de la devocion que por toda la cristiandad se iba dilatando, teniéndome por su no menor devoto, ya porque el cielo quiso honrarme con su nombre, ya por haberle escogido por mi particular abogado, me determiné á mas de lo que mis flacas fuerzas podian, confiando que supliria mis faltas sugeto tan heróico y causa tan de todo el cielo, y especial de su Santísima Esposa, á quien supliqué me favoreciese, pues tanta parte le cabia del servicio que intentaba hacer á su Esposo carísimo. Empecé esta obra con mas faltas que yo quisiera; que no es posible no tenerlas, ni que cuando le faltaran, faltara quien se las pusiera. Cree de mi deseo quisiera que no tuviera ninguna. Este recibe, que si eres devoto de tan gran Santo, tú le agradecerás, y yo tu reprehension; y si no lo fueres, no quiero tu enmienda ni tu agradecimiento. Advierte que casi todo lo que digo del glorioso Santo, es sacado de las divinas letras y de santos y autores gravísimos, añadiendo algunas consideraciones piadosas y discursos poéticos. Estoy por decir lo que el no menos docto que cortesano Cayo Lucilio, de quien (después de haberle canonizado por tal Tullio en el II de *Oratore*) refiere que le pesaba de que sus obras llegasen á manos de varones muy doctos y de hombres muy ignorantes, porque los unos no le entendian, y los otros le entendian. Y solo digo que me pesaria que fueses de los últimos, y que temo que seas de los primeros; seas el que fueres, te ruego que no juzgues este libro hasta que le hayas leído, porque no serian de tí como de ciertos envidiosos ignorantes, que, no pudiendo decir mal de algunas cosas mías, por haber parecido bien, publicaron que eran ajenas, haciendo su dueño á quien desto sabe poco, cosa para quien le conoce y me conoce muy de risa; y de otros (si ya no son los mismos) que antes de haber visto este libro tienen dicho que es malo. Porque llegando un hombre no conocido mio á pedirle en casa de un librero donde yo estaba, y diciendo el librero que los estaba aguardando, que dentro de dos ó tres dias se le daria, vinieron á tratar de mis cosas, y el librero dijo algun encarecimiento deste libro. El otro, haciendo un poco de acedo con la boca, dijo que no sabia qué tal era, pero que un amigo suyo, que le tenia, le habia dicho que no le habia parecido bien. Yo entonces dije que á mi me habia parecido lo mismo, porque no estaba escrito á mi gusto. El librero le preguntó que dónde se habia comprado. El otro respondió que entendia que aqui en Toledo ó en Valladolid, donde se habian vendido muchos. Sonreimonos, y el librero le dijo: Por Dios, señor, que han engañado á vuestra merced; porque el libro aun no está acabado de imprimir, y así no se puede haber vendido ni parecido mal ni bien. El hombre se halló algo encogido, y mas de que supo que era trabajo mio; y no me vi en poco para sacarle del en que se hallaba. Todo esto puede uña mala intencion; si sin ella me juzgares, me sugeto á tu correccion; y todo lo que en él digo, á la de nuestra madre la Santa Iglesia romana. *Vale.*

VIDA Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSEF.

CANTO PRIMERO:

Del nacimiento del glorioso patriarca San Josef.

El Varon justo, el Padre virgen canto,
Escogido por padre verdadero
Legal de Cristo, el que naciendo santo,
Sacudió el yugo del tirano fiero;
El Viceparaclito sacrosanto
Que hizo sombra á la sombra del primero,
Al misterio mayor que gozó el mundo,
De hacerse carne el que es de tres segundo.

La voz es ronca, toco el instrumento,
Ardua la empresa y casi incomprehensible,
Rudo mi ingenio, corto mi talento
Para hallar pié en un piélagó imposible;
Quien su nombre me dió, me dé su aliento,
Y del fuego que goza inaccesible,
Con un ascua me toque pecho y labios,
Para que él quede casto y ellos sabios.

Seráfico Josef, varon glorioso,
Custodia del intacto paraíso,
Que llevó el árbol de la vida hermoso
De quien su amparo y padre hacerte quiso;
Guarda mayor del Todopoderoso,
Que con acuerdo de su eterno aviso
Te hizo digno esposo de su Madre
Y del que es de Dios hijo te hizo padre:

Oh siempre virgen! Oh admirable santo!
Oh Josef justo y nuevo patriarca,
Criador de aquel que con divino espanto
Es el Criador de cuanto el cielo abarca;
Tú, que fuiste en el mar de nuestro llanto
Piloto fiel de la virginea barca,
Que de lejos, por bien del hombre hambriento,
Trujo el pan, de los ángeles sustento;

Tú, cuya boca dulce nectar bebe
De la fuente infinita sempiterna,
De quien no nueve hermanas, coros nueve
Beben gloriosos su dulzura eterna;
Tú, que al divino Apolo, que al sol mueve,
Hecho pastor en su puericia tierna,
Escuchaste su voz sonora y clara,
Mi ingenio rudo y lengua tosea ampara.

Temiendo entre cobardes esperanzas,
Con pecho humilde y santo atrevimiento,
Espero del favor que en todo alcanzas
Que has de inspirarme soberano aliento;
Y así, daré en tus muchas alabanzas
La navicilla al mar, velas al viento,
A tí mi pluma, á tu consorte el pecho,
En su fuego castísimo deshecho.

Vos, Virgen bella, que del sol vestida
Pisais con blancos piés la trina diosa,
Y con lucees de gloria enriquecida
Estáis gozando del que os hizo hermosa,
Dad á mi justo intento nueva vida,
Regid mi pluma torpe y temerosa;
Suenen mi voz en dulce y grave estilo,
Del patrio Tajo al inundante Nilo.

Ved, Virgen hermosísima, que canto
De la mitad del alma que os anima,
Del que por la virtud del yugo santo
Es dueño de quien Dios por Madre estima;
Del que fué vid, que en admirable espanto
Entre sus ramas vió la carpa opima
Exprimida en la Cruz por bien del suelo,
Porque embriague su dulzura al cielo.

No invoco las Castalias Hipocrenes,
Las Cirreas aguas ni la compañía
De Polimnias, Eratos, Melpomenes,
Su canto grave y dulce melodía;
No que me cina las indignas sienes
El laurel que lloró el autor del día;
La gracia os pido á vos, llena de gracia,
Y callará el de Smirna y el de Tracia.

De cuatro deste nombre se halla escrito
En quien justicia y equidad habia:
El que vendido fué virey de Egipto,
El natural señor de Arimatia,
El que al apostolado del prescito
Entró por justo, en suertes con Matia;
Uno casto, otro justo, otro piadoso,
Y el nuestro, en todo, mucho mas glorioso.

Que si guardó el pan rubio el mal vendido,
Del sol, luna y estrellas adorado,
El nuestro del Criador dellas servido,
Al pan que come Dios tuvo guardado;
Si el otro dió con pecho enternecido
El sepulcro en que Dios fué sepultado,
El nuestro dió de su adorada el pecho,
De donde el infinito nació estrecho.

Si el otro mereció por sobrenombre
Llamarse el Justo, que le vino al justo,
Al nuestro se le da Dios por renombre,
Y á boca llena dice del que es justo;
Si otro que tuvo aqueste dulce nombre,
Por cantor pudo dar al cielo gusto,
El nuestro fué maestro de capilla
Del coro que ante el niño Dios se humilla.

Del tribu de Judá fué descendiente,
De la real sangre y la progenie clara
Del que no menos cuerdo que valiente,
Mereció de Michol la beldad rara;
Fué de lo ilustre de la antigua gente
Que para su escogida Dios declara,
De reyes nobles, de varones justos,
Sabios en paz y en batallar robustos.

Fué de Josef el padre verdadero
Jacob, aunque de Eli fué hijo llamado,
Y fué de Eli legitimo heredero,
Porque Eli con su madre fué casado;
Que era ley justa y conservado fuero
Que suceda en la vinda que ha dejado
El hermano mayor el que es segundo,
Y resucite su linaje al mundo.

Sin que su mujer noble fuese madre,
Eli pasó la barca del olvido;
Jacob, por ver que á la ley justa cuadre,
De la que era cuñado fué marido;
Casó con ella, y fué de Josef padre,
Y aunque engendrado de Jacob ha sido,
Quiere Jacob que hijo de Eli se nombre,
Resucitando de su hermano el nombre.

Aunque aquesta razon es suficiente
Para quitar la duda misteriosa,
Otra hay no menos que esta concluyente,
Donde el ingenio con quietud reposa,
Y es que hallará cualquiera diligente,
Que Eli y Joaquin es una misma cosa,
Que los dos nombres son nombres de un hombre
Que se llame Joaquin, y Eli se nombre.

Y como en nuestra España llama el yerno
Padre al que es padre de su amada esposa,
Por ser un nombre regalado y tierno
Que dice la aficion mas amorosa;
Así el nutricio de su autor eterno,
Que pudo merecer la toda hermosa,
Siendo de Joaquin yerno, fué llamado
Su hijo, y como tal del suegro amado.

Nació de padre ilustre y madre grave,
Que merecieron ser de Dios abuelos;
Salió a la luz del cielo que le alabe,
Rotos del vientre los maternos velos;
Nació el renuevo del amor suave,
Y en su nacer enamoró los cielos;
De la nube salió el rosado Apolo,
En belleza, en donaire y gracia solo.

Nació santificado el niño hermoso,
Cual nació el venerable Jeremías,
Porque habiendo de ser divino esposo
De la escogida madre del Mesías,
Amparo fiel, sustento venturoso
Del que es sustento de las jerarquías,
Es razón que su Dios, que le ama tanto,
Antes que nazca al mundo le haga santo.

Si han de hacer Trinidad santa y gloriosa
Personas tres de tan divina alteza,
Jesus, Josef y su adorada esposa,
Ricos de gracia y virginal pureza;
Y Dios privilegio a su madre hermosa,
Y el mismo es limpio por naturaleza;
En Trinidad de Cristo y virgen Madre
No ha de nacer con culpa esposo y padre.

Hállanse al venturoso nacimiento
El casto amor, la gracia, la hermosura,
La fe, la caridad, que en rico aumento
Adornan la purísima criatura;
Causa en el cielo general contento
Ver del nacido la beldad segura,
Y derramando amores, se los dice,
Y el mismo Dios alegre le bendice.

Rompen los aires las criaturas bellas,
Coronados de lirios y de rosas,
Volviendo alegres la fragancia dellas
Del gran Jacob las casas venturosas;
Lucidos como el sol, llenos de estrellas,
Cantan con voces dulces y amorosas
El nacimiento alegre y deseado
Del no nacido y ya santificado.

Miró del cielo el Padre omnipotente,
Y viendo al tierno Infante, alegre dijo:
«Oh niño hermoso mas que el sol de Oriente,
Para criador de Dios desde hoy te elijo;
El nombre que yo tengo eternamente
Tendrás de padre de mi eterno Hijo;
Gozarás de mi gracia en tanto grado,
Que no cometerás mortal pecado.»

El Verbo eterno, del eterno Padre
Que entre los hombres verse ya desea,
Por ver que al cielo limbo y tierra cuadro
El disfrazarse en la mortal librea,
Viendo al nacido esposo de su Madre,
Con nueva luz los cielos hermosa,
Y con gozosas muestras de alegría
Dice al que en su nacer alegra el día:

«Absalon bello, niño hermoso y tierno,
Alega con tu luz nuestro horizonte,
Y a ser mi amparo con tu fiel gobierno
En mi niñez santísima disponte;
Pues en mi disfrazado ser eterno
Te elijo por mi sabio Jenofonte,
Por tu sugeto a ti me constituyo,
Y quiero, siendo Dios, ser menor tuyo.»

El Espíritu Santo, siempre amante
Del Moisés bello que hoy ilustra el suelo,
«Crece, le dice, soberano Infante,
De Dios humano y de María consuelo;
Serás un nuevo y celestial Atlante,
Sustentarás al que sustenta el cielo;
Serás esposo de la esposa mía,
La casta y hermosísima María.

«Serás de Dios temblando dulce abrigo,
Regalo en su puercia, y compañero,
De la pureza virginal testigo,
De la Paloma que para mí espero;
Por gracia quiero siempre estar contigo
Y hacerte grande entre mis grandes quiero;
Mi honra he de fiarte. Niño, crece,
Que aqueste premio tu valor merece.»

Las personas divinas se alegraron
Con el divino alegre nacimiento,
Y en su consejo eterno decretaron
Un nombre igual a su merecimiento;
Al niño de cristal Josef llamaron,
Que es el que crece en soberano aumento,
Pues lo ha de ser por soberanos modos
De los favores que gozaron todos.

Y así la eterna inaccesible esencia
Da al bien nacido hermoso patriarca
Del nieto de la tierra la inocencia,
Hilo primero que cortó la Parca;
La justicia de aquel cuya obediencia
Fue la que al agua dió la primer barca;
Dale la fe, que no igualó ninguno,
De aquel que, viendo tres, adoró uno;

La obediencia de aquel que a Dios temiendo
Llevó a su sacrificio fuego y leña,
La oración del dichoso, a quien durmiendo,
Dios, ángeles y escala se le enseña;
La castidad del que de amor huyendo
Fue a su abrasado dueño helada pena,
Y la experimentada mansedumbre
De aquel que vió la zarza entre la lumbre;

La gran piedad del pastorcito hermoso,
Su abuelo ilustre y singular mancebo,
Que derribó al gigante jactancioso,
Primicias ricas de su valor nuevo;
La constancia del Duque valeroso
Que hizo parar en su carrera a Febo;
Dale el saber del solo, y sin ejemplo,
Que a su deidad labró el famoso templo.

Del celador que en el ardiente carro
Hecho nuevo Faeton subió hacia el cielo,
Que un tiempo pudo hacerle de guijarro,
Le da del honor suyo el santo celo;
Y del que con el mal cocido barro
Limpio la lepra en tanto desconsuelo,
La paciencia del gran rey Ezequías,
El tierno llanto que aumentó sus días;

La santidad del sabio tartamudo,
A quien el Serafin el fuego aplica,
Que desatando de la lengua el nudo,
Los labios y la lengua purifica;
De Tobias, que al muerto y al desnudo
Honró con mano limosnera y rica
La gran misericordia, que honró el suelo,
Cierta gonzúa para abrir el cielo.

Dale de patriarcas la fe pura,
De los profetas sabios la excelencia,
El celo de los doce le asegura,
De los mártires fuertes la paciencia,
Y de aquellos que en vida áspera y dura
Hicieron a los vicios resistencia
El valor grande, y dale a manos llenas
De las vírgines palmas y azucenas.

Queriendo pues el sumo Altísimante
Que el Niño celestial recién nacido
Por padre amado de Dios, tierno Infante,
De todo el pueblo hebreo sea tenido,
Hace que nazca a Cristo semejante
En rostro, cuerpo y tallo parecido,
Porque con parecerse los dos tanto,
Esté secreto el parto sacrosanto.

Y así es bien que al divino Josef cuadro
Un rostro bello, de mirar gracioso,
Pues siendo el Hijo de la virgen Madre,
Entre todos los hombres mas hermoso,
Si se han de parecer cual hijo y padre,
Será tan bello el soberano esposo,
Que después de Dios hombre y de su esposa
No haya criatura humana mas hermosa.

Y así, entre las mejillas de cristales
Mezcla el aurora rosas de su frente,
Y a los ardientes labios de corales
Apercibe las perlas de su Oriente,
Son sus ojos dos rayos celestiales
Del que en los globos siete es presidente,
Su cuerpo nieve, sus cabellos oro
Y junto un hermosísimo tesoro.

Compuesta pues la celestial Pandora,
De su divino nombre en cumplimiento,
En hermosura y gracia se mejora,
Creciendo en ellas con divino aumento;
En su real pecho la justicia mora,
Que ya le inspira soberano aliento;
Que ha de ser siempre justo, siempre santo,
Gloria del cielo, de la tierra espanto.

Ya forma las palabras que no entiende,
Ya menos mal formadas las pronuncia,
Ya las letras primeras aprehende,
Y en verde edad maduro ingenio anuncia;
Ya a los juegos pueriles niño atiende,
Y ya mas entendido los renuncia;
Ya lo que es bien y mal conoce y sabe,
Ya el rostro hermoso es mas severo y grave.

Ya la tierna puercia desampara,
Y a la juventud libre se aparece,
Y ya prudentemente en sí repara,
Y a sí mismo, cual sabio, se aconseja;
La Y del gran Pitágoras ve clara;
Toma el camino estrecho, el ancho deja;
Ya la razón al apetito enfrena,
Y nueva vida sabiamente ordena.

Crece gallarda la virginal planta,
Hustrando a Bellem, su patrio suelo,
Mostrando en tierna edad cordura tanta,
Que asombra al mundo y enamora al cielo;
Al alto templo de virtud levanta
Con espanto común tan alto el vuelo,
Que en su bondad parece y en su agrado
Celestial hombre o ángel humanado.

Mira del cielo octavo la luz pura,
Su clavazon de los tachones de oro;
Ve que ya el sol girando su hermosura
Del Géminis de rosa al rubio Toro;
Ve de la luna pobre la blancura
Participada del Febeo tesoro,
Los orbes de cristal atento mira,
Y al primer móvil que tras sí los tira.

Mira que el fuego alivo y refulgente
Esta inmediato de la luna al cielo,
Y que es del cielo muro transparente,
Sin ser estorbo que le goce el suelo;
Mira salir por el bordado Oriente
Del mundo triste el general consuelo,
Vertiendo luces la rosada aurora,
Que esparce perlas y que aljofar hora.

Del aire ve las tres claras regiones,
Las dos calientes, la de en medio helada,
En las cuales diversas impresiones
Tienen su alma atónita y turbada;
Ve de las nubes los copiosos dones,
El granizo, la nieve y lluvia amada,
El relampago, el trueno, el rayo ardiente,
Que a quien le engendra hace que reviente.

Ve el agua de cristal y plata pura,
Con su agradable y manso movimiento,
Del mar azul la diáfana hermosura,
A quien retoza el apacible viento;
Que es su muro la arena mal segura,
La cual doma al indómito elemento;
Mira los peces, que entre bienes tantos
Cortan alegres los ceruleos mantos.

Mira diversas y pintadas aves,
Que cuando a su balcon se asoma el día,
Con voces sonoras y suaves
Le hacen salva con dulce melodía;
Unas mira ligeras, otras graves,
Y que con claras muestras de alegría,
Con las plumas y canto no aprendido
Deleitan a la vista y al oído.

Ve hollar la tierra varios animales,
Diversos en la forma y la grandeza,
En color y hermosura desiguales,
Diferentes en fuerza y ligereza;
Ve yerbas, plantas, flores y frutales,
Que muestran de la tierra la belleza;
Ve que son agua y aire, fuego y tierra,
Cuatro elementos de concorde guerra.

Viendo de la gran máquina la forma,
La rica variedad que la hermosa sea,
Nuevos deseos dentro el alma forma
De saber quien de todo el autor sea;
De su padre Jacob Josef se informa,
Y escucha lo que del saber desea,
Que ya el deseo de saber le incita,
Y a su gallardo ingenio solicita.

Ya cursa las escuelas, y ya atiende
Al falso y verdadero silogismo;
Ya el movimiento celestial entiende;
El cielo mide, el mar, tierra y abismo;
Las morales virtudes aprehende
Y el buen conocimiento de sí mismo;
Ya entiende las sagradas escrituras,
Las enigmas proféticas y obscuras.

Mira de sus mayores los anales,
Sus principios humildes, ya dichosos,
Pues arrastraron purpuras reales
Profetas sabios, reyes valerosos;
Mira tanta grandeza y bienes tales
Parar en fines menos venturosos,
Pues sabe que es ilustre descendiente
De la real sangre de la hebraica gente.

Mira de la fortuna la mudanza,
Su ciego variar, su instable rueda,
Y que tiene perdida la esperanza
Del cetro real que su linaje hereda;
Y huyendo de los reyes la privanza,
En un mediano estado alegre queda,
Que no es poco que viva consolado
Un bien nacido en un mediano estado.

Huyendo el ocio, perezoso vicio
De gente moza, bien nacida y rica,
Que despreciando algún honesto oficio
Engaños y torpezas multiplica;
A un arte de mecánico ejercicio
Las fuertes manos y el ingenio aplica;
Madera labra, que un divino acuerdo
Es quien le inspira parecer tan cuerdo.

No que necesidad menesterosa
Le obligue a que así gane la comida,
Mas la costumbre cuerda y virtuosa,
Como ley en Bellem establecida,
Que el hombre de familia mas gloriosa,
De clara estirpe y sangre esclarecida,
En un oficio destes se entretenga,
Y a la adversa fortuna se prevenga.

Habia leído en Salomon su abuelo
Los daños de la ociosa y vil pereza,
Y así, al trabajo un cuerdo y justo celo
Es quien le obliga mas que la pobreza;
Bien que a este oficio es quien le inclina el cielo,
Que son medios que a un fin grande endereza,
Porque con arte de tan poca costa
Al que se la hace al cielo haga la costa.

Para que yendo a Egipto desterrado,
Sustente al que es sustento verdadero,
Y porque el niño tierno, enamorado
De los abrazos de su fiel madero,
Viva entre la madera consolado,
Que es la que pide el inmortal cordero,
Que entre sus brazos verse ya desea,
Quiere que carpintero Josef sea.

Crece Josef, y su virtud se aumenta,
Y en su honrado ejercicio se entreliene,
Y de sus años ocho lustros cuenta,
Que es cuando a edad perfecta el varón viene;
Vive con su trabajo y con su renta,
Que vinculadas posesiones tiene,
Y pudo ser tuviese jiros reales
El descendiente de varones tales.

Pasa sus verdes y floridos años
En oración, ayunos y abstinencia;
Cual Abraham hospeda a los extraños,
Hartando a los hambrientos su clemencia,
Y remediando los secretos daños
Con dineros, consejos y prudencia;
Es padre del pupilo y viuda triste;
Cura al enfermo y al desnudo viste.

Ya visita los pobres hospitales,
Puerto seguro para entrar al cielo,
Y haciendo propios los ajenos males,
De todos es universal consuelo;
Las cárceles con manos liberales
Gozoso alegre en tanto desconsuelo,
Y en las misericordias de Tobías
Contento pasa sus lozanos días.

Mira la tierra llena de maldades,
De engaños, de mentiras, de traiciones,
De sacrilegios, robos y crueldades,
De alevos y dañadas intenciones;
Ve tratos dobles, torpes liviandades
Ojos amigos, falsos corazones;
Llorando mira el cuerdo y justo grave
Las ocasiones de la primer nave.

Por otra parte ve la profecía
Del que fue de Laban dos veces yerno,
En que a su amado Judas prometía
Del muslo suyo el heredero eterno,
Que a su linaje no se quitaría
Del cetro real el mando y el gobierno,
Hasta que enviase Dios su semejanza,
De las gentes certísima esperanza.

Que ya se va cumpliendo atento advierte
La profecía del que ver desea,
Por ver que Herodes dió muerte violenta
Al sucesor del reino de Judea;
Y porque Octaviano, César fuerte,
A Herodes nombra, y quiere que rey sea,
Y siendo extraño, al reino le habilita,
Y que a Judas el cetro se le quita.

También de Daniel va contemplando
La profecía que el deseo le aumenta,
Pues mira, las hebdómadas contando,
Que faltan pocas ya para setenta;
Las unas con las otras computando,
Viendo que ya se cumple aquella cuenta,
Postrado en tierra y el deseo en el cielo,
Así le pide el general consuelo.

»Deidad, que riges la estrellada cumbre,
En quien contemplan tus criaturas bellas;
Tú, que al sol das la trasparente lumbre,
Y luz y resplandor a las estrellas;
Tú, que riges la inmensa muchedumbre
De tus criaturas y los actos dellas,
Principio de quien todo el bien procede,
Cuyo eterno poder todo lo puede;

»Cuándo ha de ser, ¡oh Padre sempiterno!
Que, rompiendo tus orbes celestiales,
Al Verbo amado de tu pecho tierno
Nos distilen los cielos inmortales?
Cuándo las nubes tu rocío eterno
Pondrán en las entrañas virginales?
Cuándo verá el virgineo vellocino
La rica perla dentro el nácar fino?

»Cuándo el arco de paz verá que asoma,
Que de tu luz eterna se deriva;
Cuándo traerá la cándida paloma
Al arca fiel la rama de la oliva?
Cuándo la vara que al peñasco doma,
Nos dará de tu fuente el agua viva?
Cuándo estará la zarza venturosa
Mas verde entre la lumbre y mas hermosa?

»Cuándo la piedra soberana y rica
De aque se monte y inmortal cantera,
La estatua de Daniel que al rey publica,
Volverá en polvos su arrogancia fiera?
Cuándo el nuevo Moisés en su cestia
Vendrá de aqueste mundo a la ribera?
Cuándo la vara de Jesús gloriosa
Llevará el fruto de la vid hermosa?

»Cuándo la escala se verá pendiente
Desde la tierra al cielo levantada,
Por quien baje a ser hombre Dios clemente,
Y el hombre suba a ser deidad sagrada?
Y cuándo por la puerta del Oriente
Entrará el rey, dejándola cerrada?
Cuándo vendrá el gigante que se espera
A hacer alegre su veloz carrera?

»Cuándo la gloria que tu pecho encierra
Del tálamo saldrá cual bello esposo?
Cuándo dará su fruto nuestra tierra,
Tú, tu benignidad, Padre piadoso?
Cuándo la paz de la prolija guerra,
Y la justicia de tu pecho hermoso
Harán paces con besos virginales,
Trocando en bienes los continuos males?

»Cuándo descenderá tu amado Verbo
A dar remedio a tan amargas quejas?
Cuándo al cojo darás los pies de ciervo,
Claros ojos al ciego, al sordo orejas?
Y las espadas del guerrear protervo,
Cuándo se volverán en corvas rejas,
Y en rudas hoces las soberbias lanzas,
Cumpliendo las antiguas esperanzas?

»¿Quién, Dios eterno, tan dichoso fuera,
Que pudiera alcanzar mercedes tantas,
Que a su madre y nutricio conociera,
Sirviendo alegre sus personas santas!
¿Quién por favor divino mereciera
Poner sus ojos en sus tiernas plantas!
Dijo, y suspenso, en Dios enamorado,
Queda el justo Josef arrebatado.

También del limbo oscuro, donde habitan
Las justas almas de los padres santos,
Con plegarias al cielo solicitan,
Con ruegos justos y amorosos llantos;
Al Padre eterno suspirando gritan,
Llueva el remedio de pesares tantos.
Oyó su ruego el Padre omnipotente:
Lo demás cantará el canto siguiente.

CANTO II.

De la Concepción pura y nacimiento de nuestra Señora.

»¿Qué divino furor me ha levantado
A tan altivo y no pensado vuelo,
Que la sangre me cuaja un miedo helado,
Viéndome entrar por uno y otro cielo?
Temo como el que por su mal alado
Al mar dió nombre; no le dé yo al suelo.
¿Águila santa, entre tus alas bellas
Me defiende del sol y las estrellas!

Fénix de amor, amado evangelista,
Que en el pecho de Dios el nido hiciste,
Y siendo su divino coronista,
El principio sin él nos escribiste;
Pues del sol claro con su hermosa vista
Los rayos inmortales ver pudiste,
Tu bondad en tus plumas me reciba,
O me dé alguna dellas con que escriba.

Y vosotros, espíritus dichosos,
Criaturas bellas, bienaventuradas,
Que en los asientos de la gloria hermosos
Gozais las siempre alegres alboradas;
Vosotros, que asistís a los gloriosos
Rayos de aquellas luces increadas,
Regid mi pluma en este grave canto,
Lleno de gloria y admirable espanto.

La plenitud del tiempo va llegando,
Tiempo de gracia y de misericordia,
Para el que al ruego de su esposa blando
La manzana comió de la discordia;
Edad mas que dichosa, tiempo cuando
Se verán en pacífica concordia
La justicia, que el pecho eterno encierra,
Y la verdad nacida en nuestra tierra.

Entra en consulta la deidad inmensa
Del Sempiterno y Todopoderoso;
Pide el rigor castigo de la ofensa
Del atrevido y poco temeroso;
Sale el divino amor en su defensa,
Y hace su causa como amor piadoso,
Y ante aquel tribunal de gloria eterna
Así propuso su demanda tierna.

«Eterno Padre, Verbo sempiterno,
Inmenso Dios de Dios, lumbre de lumbre;
Yo, amor divino, regalado y tierno,
Guardando en todo mi inmortal costumbre,
Siendo el tercero de ese ser eterno
Que rige el mundo y la estrellada cumbre,
Para el hombre mortal remedio pido,
De mi amor mismo y caridad movido.

»Inescrutable Dios, Dios verdadero,
Muy bien sabéis, Señor, que eternamente,
Antes que Adán comiese del madero,
Estaba decretado en vuestra mente
Que vierta sangre el inmortel cordero,
Gloria de vuestro pecho omnipotente,
Que por el hombre humano ha de ofrecerse
Hacerse hombre y hombre deshacerse.

»De aquel desorden y mortal codicia
Es menester que el hombre satisfaga;
Pues la culpa es inmensa y la malicia,
Es menester que inmenso sea quien paga;
Pues vos, eterno Dios, pedís justicia,
De eterno Dios también será la paga,
Que el Verbo amado de ese tierno pecho
De rigor pagará Dios, hombre hecho.

»La misera mortal naturaleza
Por nadie puede ser bien reparada,
Sino por quien con inmortal destreza
La supo hacer y fabricar de nada;
Ya la deidad de vuestra suma alteza
Ha estado largos siglos injuriada,
Por el cielo, la tierra y limbo pido
Que satisfaga el que es el ofendido.

»Morir no puedes, sacra deidad pura,
Y así, no has de morir, siendo infinita;
Pagar no puede la mortal criatura,
Que su ser pobre su caudal limita;
Verbo del Padre, luz de su hermosura,
La humanidad alegre suposita;
Como hombre muere, como Dios nos paga,
Y será de hombre y Dios justa la paga.

»Bello retrato, soberana idea
Del que gozas el pecho soberano,
En quien tu eterno Padre se recrea,
De cuyo amor inescrutable emano;
El mundo, el cielo, el limbo ya desea
Verte hecho por el hombre niño humano;
Pues en ti el orbe trino su bien libra,
Desciende a ser mortal y al mortal libra.

El Padre eterno, del amor movido,
Así responde a la demanda tierna:
«Divino amor, de amor enternecido,
De igual poder con mi potencia eterna,
Omnipotente Verbo, hijo nacido
En mi mente divina sempiterna,
Que somos un Dios solo y una esencia,
De ciencia igual e igual omnipotencia:

»Bien sabéis que Luzbel, siendo criado
Mas que el hermoso sol resplandeciente,
Por su soberbia ingrata fué arrojado
Adonde gime y llora eternamente;
Que el hombre, a nuestra imágen fabricado,
Y hecho del mundo nuestro presidente,
Absorto de su pecho en la costilla,
Hecha mujer, se alegra y maravilla.

»Que perdió por su culpa la inocencia,
Porque su muerte en la manzana estaba;
Que sintió de los tiempos la inelencencia,
De la tierra y el cielo la ira brava;
Perdió mi gracia por su inobediencia;
La razón que era reina, se hizo esclava,
Que al campo fué de espinas y de abrojos,
Hechos fuentes de lágrimas sus ojos.

»Que en el sudor de su afligida cara
Hizo fuerza a la no labrada tierra,
Que, aunque por su enemiga se declara,
Vuelve con cómo lo que en ella encierra;
Que le dió hijos su consorte cara,
Naciendo entre ellos la primera guerra,
Todos sujetos a la culpa fuerte
Y al yugo inevitable de la muerte.

»Que sus hijos nacieron hijos de ira,
Por descendientes de su padre alevé,
A quien mi airado brazo flechas tira
Y mi justo rigor azotes llueve;
Que en la oscura prisión triste suspira,
Porque mi hijo pague lo que él debe,
Satisfaciendo de la culpa fiera,
De que a los suyos dura la dentera.

»Eran dignos de penas inmortales,
De males y tormentos excesivos,
Y de que entre cadenas infernales
Inmortal muerte padecieran vivos;
Mas vos favoreceis a los mortales,
Pidiendo vaya a rescatar cautivos
Uno de nuestra Trinidad, pagando
El tesoro que estamos esperando.

»Si vos, divino Amor, sois el tercero
Entre el hombre mortal y mi sentencia,
Con vuestro gusto conformarme quiero;
Poned vos vuestro amor, yo mi potencia;
Yos, mi engendrado Hijo verdadero,
Pues sois mi eterna y soberana ciencia,
Vuestra ciencia poned omnipotente,
Y reparad la pobre humana gente.

»Que, aunque podamos yo y Amor divino
Supositar la humanidad caída,
Es menester, pues que por saber vino
A verse enferma, flaca y destruida,
Vuestra infinita ciencia abra camino,
Y con vuestro saber sea redimida,
Satisfaciendo de la culpa inmensa,
Hecho precio infinito de la ofensa.

»Ya, como bien sabéis, vuestro nutricio
Josef con justos ruegos y plegarias,
Haciendo de sí mismo sacrilegio,
Con votos y oraciones ordinarias,
Nos pide el deseado beneficio,
Profetizado por edades varias;
También la pobre tierra le vocea,
Que renovarse con su luz desea.

»Y los que gozan nuestras maravillas
En el glorioso asiento, hermoso y puro,
Piden que suban a gozar sus sillas
Las almas que encarcela el limbo oscuro;
Y ellas piden que baje a redimillas
El que quebrantará el guardado muro,
Dando al infierno aquel bocado amargo,
Y a mi justo rigor justo descargo.

»Yo criaré una bellísima criatura,
Donde descendas, sacro Verbo amado,
A tomar carne de su sangre pura,
Para el remedio del mortal bocado;
Excederá en mi gracia y hermosura
A los continos de mi eterno estado,
Hermosa mas que el cielo, sol y luna,
Que será Madre y Virgen, fénix una.

»Deciende, gloria de mi eterno pecho,
Deciende a las purísimas entrañas,
Que a mi divina vista han satisfecho
Sus virtudes santísimas y extrañas;
Haré esta obra, aqueste heroico hecho,
Digno de mis dignísimas hazañas,
Uniendo la potencia de mi brazo
Al Verbo el ser mortal con fuerte lazo.

El Hijo omnipotente sempiterno
Del sempiterno omnipotente Padre,
Encendido de amor piadoso y tierno
De ver que al cielo, tierra y limbo cuadre,
Quiere humanarse, siendo Dios eterno,
En las entrañas de una Virgen madre,
De las culpas del hombre hacerse cargo,
Y dellas dar a Dios igual descargo.

El Espíritu Santo se recrea
De que se cumple lo que el hombre aguarda,
Y al cielo con mayor gloria hermo sea,
Y hace que en dulce y nuevo amor se arda;
Quiere ilustrar la Virgen que desea
De un cuerpo hermoso y un alma gallarda;
El vientre de la estéril Ana escoge,
De donde nazca quien le desenoje.

Quiere criarla de su gracia llena,
Y hacerla tal el que es de gloria lleno,
Que no pueda hacer Dios madre mas buena,
Como no puede el hijo ser mas bueno;
Hácela alivio de la antigua pena,
Triaca saludable del veneno,
Llena de tanta gracia y hermosura,
Que excede á la seráfica criatura.

Todo el impireo cielo está á la mira,
Con músicas alegres esperando
Nazca el espejo en quien su autor se mira,
Su concepcion dichosa festejando
La paz esperan de la antigua ira,
Y así paz á la tierra están cantando,
Guardando el vientre de la estéril madre
El cielo todo y el anciano padre.

Llena de gracia, y de virtudes llena,
Le da el alma santísima su esposo;
El sacro omnipotente Padre ordena
De darle un cuerpo mas que el cielo hermoso;
El Hijo soberano la enajena
Del antiguo tributo y feudo odioso,
Haciendo que su madre soberana
Libre del ágrío esté de la manzana.

Porque, ó pudo ó no pudo el Hijo amado
Santificar su nuevo paraíso;
El decir que no pudo, es condenado,
Que eternamente pudo cuanto quiso;
Si pudo preservarla de pecado
Con la potencia de su eterno aviso,
El que manda que se honre padre y madre,
¿No habia de honrar su inmaculada madre?

Si fué santificado Jeremías
Dentro de la prision del vientre oscuro;
Si el padre putativo del Mesías
Del pecado nació libre y seguro,
La que excede las bellas jerarquias,
Y escurece la luz del sol mas puro,
¿No habia de ser de Dios santificada,
Y en su concepcion pura preservada?

Es de Dios la escogida venturosa
Sin la original mancha concebida,
En el alma y el cuerpo toda hermosa,
Sin caer, mas altamente redimida;
Es la bella mujer maravillosa,
Que vió el divino Juan del sol vestida,
Que huyendo de la sombra del pecado
Al soberbio dragon dejó burlado.

Es la ciudad de Dios, cuyos cimenteros
Labró su autor sobre los montes santos,
Poniéndola por firmes fundamentos
Para sus edificios sacrosantos;
Ciudad cuyos gloriosos vencimientos
Ya celebraron en alegres cantos,
Siendo su muro, antemural y guarda
El Salvador, que sin dormir la guarda.

Es la ciudad santificada y pura,
Cuyo resplandor claro es el cordero,
En quien el que la hizo su criatura
Hombre nació pasible verdadero;
Ciudad á quien alegra la hermosura
Del impetu del rio, que ligero
Con su gracia inundó la ciudad bella,
Enamorado de lo que ve en ella.

Es la hija del Rey, que venturosa
Toda su gloria tiene en si encerrada;
Es la que de oro con la ropa hermosa
De variedad asiste rodeada;
La que Dios con su mano poderosa
En su alegre santísima alborada,
Muy de mañana la ayudó gozoso,
Librándola del yugo trabajosos.

Es el huerto cerrado, el paraíso,
De quien el Dios de amor guardó la puerta,
Donde la flor del campo nacer quiso,
A la original culpa nunca abierta;
La que al amor con su divino aviso
Entre sus bellas alas encubierta
Guardó de la ave fiera de rapiña,
Librándola á la inocente niña.

Es la Ester, que ablandó del Rey el pecho,
A quien la ley de su rigor no alcanza,
Quedando en su hermosura satisfecho
El Asuero, que la hace su privanza;
Es el florido y regalado lecho
Del Salomon, del padre semejanza,
De los sesenta fuertes rodeado,
Y de la culpa original guardado.

Fué criada en gracia la primera madre,
Y habia de ser en culpa concebida
La escogida del que es verbo del Padre,
De quien ha de tomar humana vida?
Aunque el trifauce can soberbio ladre,
No podrá asir á la que á Dios asida,
Tiene de quebrantarle la cabeza,
Quedando mas hermosa su pureza.

Si Eva, que con la serpiente se congracia,
Y por su gusto fué burlada della,
Siendo la madre de la cruel desgracia,
En gracia fué criada hermosa y bella;
La que ha de serlo de la misma gracia,
En algun tiempo habia de estar sin ella,
Su cerviz inclinando al cruel verdugo
Que la pusiera de la culpa el yugo?

¿Habia de mirar Dios su Madre amada
Padeciendo la infamia del castigo,
Entre cadenas de la culpa atada,
Hecha cautiva vil de su enemigo?
¿Maria habia de ser tan desgraciada,
Que su Hijo no pudiera ser su amigo,
Pues fuera su enemigo declarado
Si fuera concebida con pecado?

Si el arca que encerró el maná divino,
Las tablas del Decálogo y la vara,
Mandó Dios se labrase de oro fino
Y de madera incorruptible y rara;
Si en cuarenta y dos años de camino,
Contra el rigor del tiempo y fuerza avara,
Guardó el vestido incorruptible y sano
Del sumo Dios la omnipotente mano,

El arca virginal, arca dichosa
De aquel divino é inmortal tesoro
Del Padre eterno la palabra hermosa,
Y gloria eterna del impireo coro,
De quien ha de tomar carne preciosa
Para el remedio del antiguo lloro,
¿No habia de ser mas pura y mas sincera
Que el oro fino y la inmortal madera?

Hay en medio del mundo una alta casa
Que confina con tierra, mar y cielo:
Su gran altura de las nubes pasa,
Su gran profundidad del bajo suelo;
Su longitud se mide, y se compasa,
Desde la cuna del Señor de Delo,
Hasta el sepulcro en quien le entierra el día,
Lleno de luto y de melancolía.

Vense de acero y bronce fabricadas
Sus murallas al cielo descubiertas,
Y entre ellas de labor sutil labradas
Mil hermosas ventanas y mil puertas;
Sus murallas se miran arruinadas;
Sus puertas y ventanas siempre abiertas;
Sus ventanas, sus puertas, sus almenas,
De ojos, orejas y de lenguas llenas.

El silencio jamás aquí halló entrada,
Y si entrar quiere, á muerte se condena;
La quietud anda siempre desterrada,
Y el sueño, si entra, tiene grave pena;
Aquí la nueva, apenas engendrada,
Entre el susurro que entre todos suena,
Tanto crece, se muda y desconoce,
Que el propio padre apenas la conoce.

Aquí la general fama es señora,
Horrendo monstruo, voladora fiera,
Tanto de la mentira afirmadora,
Cuanto de las verdades mensajera;
Que en cuanto baña Tétis y el sol dora,
Hace cual rayo su veloz carrera,
Mirando, oyendo, hablando, cuanto mira,
Mezclando la verdad con la mentira.

De plumas ligerísimas y bellas
Adorna de su cuerpo los despojos,
Acompañando al gran numero dellas
La misma cantidad de atentos ojos;
Tiene cien bocas, y de todas ellas
Jamás se ven cerrar sus labios rojos,
Jamás reposa, siempre hablando vueta,
Hecha una veladora centinela.

Huye de las desiertas soledades,
Haciendo en las ciudades propios nidios,
Y en ellas siembra varias novedades
Y los casos apenas sucedidos;
Enmascarando siempre las verdades
Con cuentos fabulosos y fingidos,
Anda provincias, mares, reinos varios,
En religion, lenguaje y ley contrarios.

Aquesta, cuyos siempre abiertos ojos
Vencen á los que vio la mujer vaca
Y á los que coronando sus despojos,
La mas serena noche al mundo saca,
Está en la torre que hizo á Dios enojos,
En cuya confusion su sana aplaca;
Las lenguas aprendió, y de lenguas llena,
A hablar perpetuamente las condena.

Está con las orejas mas crecidas
Que las que mereció por su mal gusto
El venturoso por su daño, Mijas,
A quien el oro fué castigo justo;
Cuanto se hace ve, y sabe de oídas,
Desde el flamenco helado al indio adusto,
Volviendo con usura lo que ha oído,
Que siempre da de mas algo añadido.

Aparte tiene aquesta fiera hermosa
Una ciudad de todas escogida,
Donde la gente ilustre y valerosa
Después de muerta goza eterna vida;
No entra en ella la infamia vergonzosa,
Ni la mentira siempre aborrecida;
La verdad y el honor guardan las puertas
Al tiempo y á la muerte nunca abiertas.

En medio la ciudad fuerte y famosa
Hay un templo, hasta el cielo levantado,
De arte sutil y de labor preciosa,
De piedras finas y oro fabricado,
Por el honor y la virtud hermosa,
A la que al tiempo vence dedicado,
Cuya muralla por extremo fuerte
Le defiende del tiempo y de la muerte.

En medio deste templo se levanta
De incorruptible cedro y de diamante
Una ara de riqueza y beldad tanta,
Que al ambicioso mundo es bien que espante;
Está en medio una virgen sacrosanta
De hermoso aspecto y juvenil semblante,
Hija mayor de la ligera fama,
Que la inmortalidad el tiempo llama.

A un lado tiene á la virtud vestida,
En vez de jerga basta, de brocado,
Y de su mano virginal asida
Con laurel premia su cabello amado;
Del otro está gozando nueva vida
El honor con trabajos alcanzado,
Murada de oro su cabeza hermosa
Con cetro real y púrpura preciosa.

En fuego de las virgenes vestales
Se evaporizan mil sabeos aromas,
Y de verbas y flores orientales
Exhalan suave olor preciosas pomas;
Y en vasos de clarísimos cristales
Alimentan el fuego ricas gomas
De suave mirra y bálsamo oloroso,
Llenando el templo de su olor precioso.

Por todas las paredes hay colgados
De hazañas y victorias los despojos,
Coronas de oro, cetros adorados,
Banderas blancas y estandartes rojos,
Saltados losos, muros asallados,
Quebradas piernas, arrancados ojos,
Contrahechos brazos y pasados pechos,
Deshechas rocas y hombres rocas hechos.

Aquí en sepulcros y urnas levantadas
En lucillos, pirámides, colosos,
Las cenizas están siempre guardadas
De los que merecieron ser famosos;
Aquí en bronce, con oro, están grabadas
Las virtudes, los hechos valerosos,
Armas, esfuerzo, letras, osadía,
Religion, castidad y valentía.

Hay de alabastro, jaspe, mármol y oro,
De labor sumia y de riqueza rara,
Por la fama labrado, un alto coro,
Que cerca de Hipocrene el agua clara,
Donde Felo, depuesto el real decoro
De la luz pura de su hermosa cara,
De su divino plectro al son suave,
Canta tan dulcemente como grave.

A sus lados están sus nueve hermanas
De laurel coronadas y de flores,
Y aunque divinas, por extremo humanas,
Provocan á castísimos amores,
En sus rostros y voces soberanas
Céfiro en calma, derramando olores,
Parando de los cielos la armonía
De la suya á escuchar la melodía.

Un poco mas abajo están sentados
Los Orfeos, los Ennios, los Homeros
Y los que de Helicóna alimentados
En este coro entraron los primeros;
Los que dichosamente laureados
Desta casa son hijos verdaderos,
Los coronistas, los historiadores,
Los sabios y elegantes escritores.

Coronadas de yedra las cabezas,
Siempre cantan con voces celestiales
Las armas, las hazañas, las proezas
De los que muertos viven inmortales;
Aquí siempre se escriben las grandezas
De valerosos pechos y armas reales,
Letras, fuerzas, valor, virtud, prudencia,
Piedad, justicia, amor, magnificencia.

Desta academia sabia es presidente
El que viste la tierra de alegría,
Sacando de oro la encendida frente,
Alma del mundo y lámpara del día;
Es maestro de capilla diligente,
Que lleva á la sagrada compañía
El compás, dando tono y señalando
Lo que á pesar del tiempo están cantando.

Guarda la puerta una inmortal doncella
Madre de la poesía y de la historia,
Aunque antigua y anciana, moza y bella,
A quien llama la fama su memoria;
No deja entrar sino á los dignos della
Al museo, que da á los muertos gloria,
Defendiendo la entrada al atrevido
Que pretende el lugar no merecido.

A un lado deste coro hay de oro puro
Y de plata bruñida un sacro erario,
Que defiende de acero un fuerte muro
Contra el rigor del tiempo su contrario;
Donde de metal rico y bronce duro,
De alabastro escogido y jaspe vario,
Se guardan las medallas milagrosas
De los que hicieron cosas bazarosas.

Los nueve de la fama aquí se hallaron
Con todas las batallas que vencieron,
Los que á vivir los hombres obligaron
En las varias repúblicas que hicieron;
Los que fuertes ciudades fabricaron,
Los que inventores de las cosas fueron,
Los héroes fuertes, los legisladores
Y de sus patrias los libertadores.

Los filósofos sabios, reyes justos,
Matronas y doncellas valerosas,
Que á pesar de su carne y de sus gustos
De si mismas triunfaron vitoriosas;
Las que con pechos y ánimos robustos
Emprendieron hazañas prodigiosas;
Aquellas que secreto y fe guardaron,
Las doctas que á los sabios admiraron.

Guarda el trabajo siempre cuidadoso
Del sacro erario la cerrada puerta,
Medio para el que fuerte y animoso
La del honor pretende hallar abierta;
Nunca los fuertes miembros da al reposo;
Como león está siempre en alerta,
Defendiendo la entrada venturosa
De gente infame, torpe y perezosa.

Sobre el cimborio deste templo raro
Hace la fama que los aires rompa
Su trompa, de los muertos el reparo,
Pues les da vida con su ilustre trompa,
Aqui contra el olvido y tiempo avaro
Celebra con debida y regia pompa
Las hazañas, los hechos portentosos
De los que muertos viven gloriosos.

A aquesta casa, con razon famosa,
Una nueva llegó que el mundo espera
Que es tan alegre quanto venturosa,
Y mas que venturosa verdadera,
De que una niña, por extremo hermosa
Nació, alegrando la estrellada esfera:
La fama alegre entre sus alas pone
La nueva, y á llevarla se dispone.

Quando rompiendo por el aire claro
Un joven de admirable rostro hermoso
Y de semblante peregrino y raro,
De hablar suave y de mirar gracioso,
Manda á la fama que del cierto amparo
Lleve la nueva al que ha de ser su esposo,
Que sea en referirla verdadera,
Y que apresure su veloz carrera.

Rompe gallardo el aire trasparente,
Sacudiendo por él la bellas plumas,
Llevando escritas en su roja frente
Las gracias raras, las virtudes sumas
Del medio del remedio de la gente,
Que predijo la gran sabia de Cúmas,
Mostrando alegre entre sus alas bellas
Los ojos convertidos en estrellas.

Al tiempo llega, que deshecha en lloro
Sale de entre las aguas cristalinas
La aurora, que esparciendo su tesoro
Aljófar rico vierte y perlas finas;
Que descogiendo su cabello de oro
Con sus hebras hermosas y divinas,
Los astros celestiales escurece,
Y las ligeras nubes enriquece.

A aqueste tiempo pues llega la Fama,
Y halla al justo Josef entretenido
Entre los brazos de una honesta dama,
Que le tiene de amor preso y rendido;
Que es la oracion que el corazon le inflama,
Que por divino templo le ha escogido,
Haciendo de su pecho ara sagrada,
Adonde ofrece el alma enamorada.

«Sabrás, la Fama dice, ¡oh joven raro!
Que tan propicios á los cielos tienes,
Que de la real estirpe y solar claro
De donde tan gloriosamente vienes,
Nació una niña, en cuyo fiel amparo
Llueven los cielos soberanos bienes,
A quien la gracia y la naturaleza
Adornan de bondad y de belleza.»

«Gózase el cielo con la niña hermosa;
El Padre omnipotente se recrea,
Y hácela la mas bella y mas graciosa
Que ve el que el mundo con su luz rodea;
El dulce Esposo á la escogida Esposa
Con plenitud de gracias hermoza,
Y el Verbo, que se ve en la niña bella,
Reparte su saber divino en ella.»

«Las tres carites, gracias sobrehumanas,
Hijas del Rey del soberano coro,
Fe y esperanza y caridad ufanas
Llenan su pecho de inmortal tesoro;
Amor divino, que en las soberanas
Cumbres dispara sus saetas de oro,
De amor la adorna y de virtudes tales,
Que excede á las legiones celestiales.»

«Dale de oro de Arabia los cabellos,
Con que enlace de amor su tierno esposo,
Pues los rayos del sol delante dellos
Pierden su luz y resplandor hermoso;
Dos soles claros son sus ojos bellos,
De vista grave y de mirar gracioso,
De quien el que los hizo se enamora;
Que dan luz bella al que los cielos dora.»

«De entre la alegre venturosa cuna
Esparte rayos de su rico Oriente,
Siendo en belleza cual la Fenix una
Y muestra del saber omnipotente;
Es del cielo la media blanca luna
Su mas que hermosa y soberana frente,
Sus cejas arcos de inmortal pureza,
Con que prende al amor y la belleza.»

«La nariz bella el rostro proporciona,
Y las dos rosas por mitad divide,
Y cual del cielo la primera zona
Este cielo de amor compasa y mide;
Con tan grande beldad la perficiona,
Que hace que su furor la envidia olvide,
Que nariz, en quien falta no se halla,
Adora humilde, reverencia y calla.»

«Por mejillas le da las del aurora,
De jazmin blanco y colorada rosa,
En quien dichosamente se atesora
La castidad humilde y vergonzosa;
Al desamor con ellas enamora.
Y á la escuadra seráfica gloriosa
De ver tanta beldad pasma y suspende,
Y en nuevo amor y caridad enciende.»

«Reparte entre clarísimos cristales
Claveles rojos y purpúrea grana;
Sus labios son finisimos corales
De gracia y hermosura sobrehumana;
Los dientes blancos, perlas orientales,
Que entre rubies con mezcla soberana
Hacen una divina hermosa boca,
Que al cielo á celestial amor provoca.»

«La soberana barba que deciente
De gracia y hermosura milagrosa,
Un hoyo hermoso por mitad la hiende,
Haciendo su hermosura mas hermosa;
Con él al casto amor de amor enciende,
Y en él hace su estancia venturosa,
Seguro albergue, soberano nido
De blanco azahar y de jazmin tejido.»

«El cuello ebúrneo, grave, bien sacado,
Columna de la fábrica del cielo,
Que á las que al cielo tienen ha pasmado,
Pues mejor que ellas ya la tiene el suelo;
El pecho puro, cándido y rosado,
Adonde el alma entre el nevado velo
Hospeda á la humildad, á la pureza,
A la fe, castidad, gracia y belleza.»

«Dale unas manos bien proporcionadas,
Mas blancas que el armiño, marmol, nieve,
De armiño, nieve y marmol envidiadas,
Reverenciadas de los coros nueve;
Liberales, hermosas, extremadas,
Cuya hermosura y gracia al cielo mueve
A nuevo amor, á gozo y alegría
De aquesta niña sin igual Maria.»

Dijo el hermoso monstruo, y mas ligera
Que el veloz viento, que soberbia pisa,
Parte, sembrando en su veloz carrera
Gozo en las almas, en los rostros risa,
Y de la nueva alegre y verdadera
A toda la familia ilustre avisa,
Y al justo Esposo con razon eleva
Del parto alegre la dichosa nueva.

Oye las nuevas el gallardo joven,
Y con la duda tiembla el alegría,
Y antes que dentro el pecho el gozo inoven,
Con su deseo y la verdad porfia;
Pues si las cree, teme que le roben
El aliento que el alma al cuerpo envía;
Y así, teme creer lo que desea,
Que un grande bien, dudando es bien se crea.

Ya de la alegre nueva satisfecho,
Que por Bellem su patria se publica,
Gózase el alma, enternecido el pecho;
De su verdad en sí se certifica,
Y en dulcissimas lágrimas deshecho,
Humilde y temeroso á Dios suplica
Alcance á ver la soberana planta
Que al cielo admira y á la tierra espanta.

En tanto pues que dulcemente suena
De la fama veloz la clara trompa,
Haciendo que su voz pura y serena
Del gran Eóto por el reino rompa,
El noble mozo alegrementemente ordena
Con mas humilde que soberbia pompa
De visitar la mas que hermosa niña,
Paz deseada de la antigua ríña.

Y así al deseo, que es quien le voca,
En un instante le convierte en obra,
Porque la gloria de la tierra vea,
Y por quien Dios la antigua deuda cobra;
Y mientras mas camina, mas desea
Ver la niña, que solo verla sobra
Para gozar del bien mas peregrino
Después de Dios, que goza el orbe trino.

Camina pues el venturoso mozo
A Nazaret, que el nuevo cielo encierra,
Dando su gran deseo y alborozo
Al noble pecho alegre y dulce guerra;
Y con amor divino y santo gozo
Adora á quien le anuncia á cielo y tierra.
Llegó alegre al tesoro sacrosanto,
Yo al dulce fin de aqueste grave canto.

CANTO III.

De como vistió Josef á nuestra Señora recién nacida.

Los traces, gente que con vil despecho
Quiere hasta el mismo cielo poner pena,
Pues cuando cubre su estrellado techo,
Y entre la negra nube el aire truena,
Con alma libre y arrogante pecho,
Con furia loca de razon ajena,
Abrasada en furor, ardiendo en ira,
Flechas escupe al cielo y piedras tira;

Esta bárbara gente, á Dios traidora,
Digna de que sobre ella fuego envíe,
Cuando un hijo le nace, gime y flora,
Y cuando muere, alegre canta y ríe;
Celebrando á la parca cortadora,
Por ver que de trabajos los desvie,
Y llorando el nacer con llanto ingrato
Del que es de su criador vivo retrato.

Y antes de aquestos llores y estos juegos,
De varones mas sabios se ha leído,
Los cuales siendo á luz mayor mas ciegos,
Dejaron falsamente instituido
El parecer de algunos locos griegos,
Que es mejor no nacer que haber nacido,
O que luego en naciendo el hombre muera,
Y que junto al nacer el morir fuere.

Grande locura, necio desvario
De que tan ciega y bajamente ultrajen
A aquel á cuyo mando y poderío
Es bien que las criaturas agasjen;
Aquel que en su ser noble y albedrío
Es de su autor divino viva imagen,
Un abreviado mundo, un Dios pequeño,
Del suelo extraño, de la gloria dueño.

Pues para hacer aquesta heroica hazaña,
Esta obra digna del saber del cielo,
Viniendo del por maravilla extraña
La inmortal alma á unirse al mortal velo,
Parece se consume y desentraña
La alma natura, y en el pobre suelo
Casa le labra, alcázar le fabrica,
Tanito como pequeña, hermosa y rica.

Hizole Dios con su saber profundo
De los angeles puro compañero,
Del mayor mundo le hizo Dios segundo,
Su presidente y visorey primero;
Todo cuanto en sí encierra aqueste mundo
Hizo Dios para el hombre su heredero,
Y al hombre para sí formó de modo
Que le hizo un todo en quien lo cifró todo.

Bien es que el mundo con razon se asombre
En esta cifra, que su autor descifra,
Que de mundo pequeño tiene nombre,
Y es del mundo mayor un mapa y cifra;
El hombre es fin del mundo, Dios del hombre,
Suma en quien Dios á sus criaturas cifra,
Pues que le dió tal gracia y hermosura,
Que vino el hombre á ser toda criatura.

El ser tiene con piedras y metales,
El crecer con las yerbas y las plantas,
El sentir con los otros animales,
Y el entender con las criaturas santas;
Tiene con el que es uno y tres iguales,
Ser su retrato de grandezas tantas,
Que en él selló la lumbré de su rostro,
Haciendo al hombre un soberano mostro.

Dió al hombre Dios con rara providencia
Angeles que le traigan en las palmas,
Pretendiendo con suma diligencia
De sus guerras inciertas ciertas palmas;
De estrellas y planetas la influencia,
Sin que puedan forzar las libres almas
Los cielos, con su eterno movimiento,
Que cuidadosos buscan el sustento.

Al sol que en él derrama su hermosura,
Siendo del mundo el alma y alegría,
La luna clara, que en la noche oscura
Es paje de hacha que le alumbró y guía;
Al tiempo que solicito procura,
Siguiendo de los cielos la porfia,
Con el vario alternar de su mudanza
Servir al que es de Dios la semejanza;

Su calidad le da cada elemento:
En él el fuego su calor encierra,
El aire puro el necesario aliento,
Sangre el agua le da, carne la tierra;
Guisale el fuego su mantenimiento;
Dale el aire la caza que en él yerra,
Su pesca el mar, la tierra fieras varias,
Para su vida y gusto necesarias.

El fuego le fomenta en el invierno,
El aire le refresca en el verano,
El agua dulce, en su cristal eterno,
Da de beber al Vicedios humano;
La tierra, siempre roto el pecho tierno,
Regala alegre al monstruo soberano
Con plantas, flores, frutas, yerbas, mieses,
Preciosas minas y copiosas reses.

Darle las nubes en su lluvia fria
El blando lino y el aceite grueso,
El trigo de oro y el licor que cria
La vid, que á tantos ha quitado el seso;
Montes y rios, caza y pesqueria;
Su mercancia el mar le trae en peso,
La oveja le da lana, y dale seda
El que hace cárcel donde muerto queda.

Con sola la razon que Dios le ha dado,
Con que á los mismos cielos hace escalas,
Puede vencer al escuadron armado
De escamas, uñas, cuernos, conchas y alas;
Cual salamandra pisa el fuego amado,
Y del aire cual águila las alas,
Cual búfano en el verde mar se encierra,
Cual zahori ve lo oculto de la tierra.

Dióle su eterno original divino
Un noble ingenio de presteza tanta,
Que haciendo por el aire real camino,
A los cielos hermosos se levanta;
Con él rompe su muro diamantino,
Y de Dios mira la belleza santa,
Y absorto de su gracia en el abismo,
Encoge el hombro y vuélvese á sí mismo.